

## Sofocleto, humorista comprometido

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Sin la menor duda, Sofocleto es hoy el periodista más leído del Perú. Su columna es buscada por los lectores no sólo porque ahí encuentran el regocijo que el humor ágil y agudo procura, sino porque está puesto al servicio de una causa nacional. Esta correlación entre la gracia y el deber es consecuencia del creciente proceso de maduración intelectual de Luis Felipe Angell. Puede revisarse su carrera de columnista, las páginas que desde el primer día que colaboró en "El Comercio" escribiera, y se verificará que ha ido del humorismo gratuito al que, mediante una expresión de uso contemporáneo, puede llamarse comprometido. Para quien carece de ideales y posee el don satírico, nada es difícil en lo que respecta al ejercicio periodístico. El problema sobreviene cuando la ironía se propone un didactismo, cuando de la risa del público se intenta, por convicción, determinar un acuerdo unánime en cuanto a ciertos hechos y ciertas realidades consideradas nocivas. Es esta, de otra parte, la mejor tradición del humorismo literario: no tiene calidad duradera la página que se burla de algo o alguien simplemente por odio, por emulación, por conveniencia, por consigna. La inmortalidad de lo escrito, en cualquier orden que sea, depende siempre de la presencia en la obra de esos valores que desde el albor de la humanidad la inteligencia quiere imponer a la pertinacia del autoritarismo, del dominio de pocos sobre muchos, de la explotación espiritual y física por las castas poderosas.

Arriba he dicho que Sofocleto ha colocado su talento —y éste ya no se discute— al servicio de una causa nacional. Es de imaginar cómo habrá sido tentado por los corrup-

tores de conciencias para que su demoledora palabra se torne innócuca. Sabemos que el pago por tal fuga de sí mismo es siempre bueno, hasta excelente, pero se trata, como en la historia de la transacción por un plato de lentejas, de la cesión de lo que es más valioso y perdurable en la persona humana —del alma, podríamos decir— a cambio de esa tranquilidad material que es la equivalencia del no ser. La causa nacional a que hago alusión es la de la triste, cruel, intolerable situación de la masa popular en este Perú crucial que nos ha tocado vivir y salvar. Patria traicionada por falsos mesías, patria pauperizada por camarillas de dentro y fuera, patria desviada de su destino en beneficio de intereses individuales o de grupo, con la risa molieresca, con el azote del libelo moralizador de Larra, con las ideas y doctrinas que revelan el sustrato injusto en que se asienta la miseria actual, estamos obligados a denunciar la penuria y su causa última. Sofocleto lo hace a su modo.

Ahora circulan tres pequeños volúmenes de Sofocleto. Lo que leímos en la prisa del correr de los días, está en esa colección hecha unidad. Hay ahí —como pide Sartre a los intelectuales de los países subdesarrollados— la adopción de esa insoslayable obligación moral que es señalar el atraso gracias al cual medran los mezquinos y los explotadores, y hay, también, en un justo equilibrio, caricatura de cosas y personas que permite un solaz grato, de carcajada y salud. Sofocleto es —digo como al principio— el periodista más leído del Perú. Y ello porque es el más gracioso. Su penetrante humor, como en los grandes del género, proviene de un corazón desgarrado. Mientras la fuente de su ironía sea esa herida, su éxito está asegurado.